Salinas...

plaza pública para la edición del 28 de octubre de 1992
Salinas, factor político
Nunca hay que decir nunca
miguel ángel granados chapa

Si cabía alguna duda sobre la ominpresencia de la voluntad presidencial en controvertidas decisiones post y prelectorales, el propio Presidente Salinas se encargó de diluirla. Asumió de modo implícito pero claro la responsabilidad sobre los acontecimientos que afectaron al priísmo en Michoacán y San Luis Potosí. Los justificó invocando la aplicación de nuevas reglas a realidades nuevas y acontecimientos inesperados. Ratificó su carácter de conductor de la política, aseguró la permanencia del PRI -- eso sí, reformado-- y bendijo a su zarandeado líder Genaro Borrego, a quienes no pocos auguraban una pronta salida de su cargo.

Primero de manera sorda, luego en la forma de declaraciones de antiguos dirigentes como Manuel Sánchez Vite y hasta en posiciones asumidas colegiadamente poor grupos representativos, se construyó una sensación de inconformidad priísta contra las decisiones que dejaron sin gubernatura a Eduardo Villaseñor y a Gonzalo Martínez Corbalá. Sin mencionarlos, ni a sus decisiones ni a la situación en sus entidades, el Presidente diagnosticó que lo ocurrido allí "es reflejo de un país que cambia", y ante ese cambio, "se tienen que hacer ajustes, superar conflictos, encontrar los términos de la justa solución de los problemas políticos". De ese modo, dijo, "se fortalece a México".

Más adelante diría, en este mismo sentido, que ya no se puede "actuar políticamente como en décadas anteriores, cuando no había oposiciones de consideración ni elecciones competidas". Ahora, en cambio, es "necesario respetar apertura, compromiso con la tranquilidad e interés por formar nuevos consensos políticos".

Pero su discurso estaba dirigido a tranquilizar, no a preocupar a quienes están en trance semejante o pueden estarlo en el futuro próximo. Quiso entonces serenar sus ánimos, acaso temerosos, diciendo que los casos citados son excepciones, no serán la regla. Versiones distintas de la oficial añaden que citó por sus nombres a gobernadores electos y candidatos en campaña, para garantizarles que no serán víctimas de excepciones nuevas. Y dicen que hata se refirió a la sucesión presidencial de 1994 en el mismo sentido. Pero introdujo tales matices, que la garantía apareció debilitada: "Siempre habrá necesarios márgenes de flexibilidad: no hay seguros contra el alejamiento del pueblo, el patrimonialismo o la incapacidad..." Y como es él quien califica cuando se presenta uno de esos casos, no dormirán tranquilos aquellos a los que se buscó tranquilizar.

Ni siquiera ante la afirmación de que los ajustes que en tales situaciones se produzcan "no rebasarán los límites ya establecidos". Es decir, no pasará de que sean destituidos de su cargo los que incurran en "alejamiento del pueblo, patrimonialismo o incapacidad", pero nada más.

Formuló el Presidente un alegato contra el arcaismo, contra la tentación de querer revivir el pasado. Viejas prácticas, dictaminó, "lastimaron más al país que unirlo". Por eso rechazó aplicar "las antiguas reglas". Para precisar las nuevas, y salir al paso de quienes suponen que los errores políticos son deliberados, para afectar adversamente al PRI, el Presidente sintetizó su visión del nuevo sistema político, "fortalecido democráticamente", en la siguiente fórmula: "un partido reformado en un esquema de libre competencia electoral".La fórmula fue explicada y aderezada: ¿no puede haber regreso al partido prácticamente único" y "la reforma del partido tiene como propósito fortalecerlo y no debilitarlo".

Como verdadero jefe del PRI, y ante sus correligionarios, se comprende que el Presidente se refiera así al partido gubernamental. Pero también trazó el cuadro de deberes de la oposición. Los partidos de esa franja, dijo, "tienen un papel político que cumplir; pero ese papel sólo puede estar sujeto a su capacidad electoral y a su institucionalidad, a su respeto por el derecho y por las reglas de la organización política del país". Los instó "a responder, en el marco de la ley, al ánimo democrático que ya se ha manifestado" y a que cumplan (satisfagan, dijo) los compromisos que suscriban.

En suma, el Presidente entiende la modernidad como competencia electoral y, antes de llegar a ella, ajustes donde sea necesario. A ver si es cierto.

28-Oct-92

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Salinas, factor político
Nunca hay que decir nunca

Si cabía alguna duda sobre la omnipresencia de la voluntad presidencial en controvertidas decisiones post y prelectorales, el propio presidente Salinas se encargó de diluirla. Asumió de modo implícito pero claro la responsabilidad sobre los acontecimientos que afectaron al priismo en Michoacán y San Luis Potosí. Los justificó invocando la aplicación de nuevas reglas a realidades

Viene de la 1

nuevas y acontecimientos inesperados. Ratificó su carácter de conductor de la política, aseguró la permanencia del PRI —eso sí, reformado— y bendijo a su zarandeado líder Genaro Borrego, a quienes no pocos auguraban una pronta salida de su cargo.

Primero de manera sorda, luego en la forma de declaraciones de antiguos dirigentes como Manuel Sánchez Vite y hasta en posiciones asumidas colegiadamente por grupos representativos, se construyó una sensación de inconformidad priísta contra las decisiones que dejaron sin gubernatura a Eduardo Villaseñor y a Gonzalo Martínez Corbalá. Sin mencionarlos, ni a sus decisiones ni a la situación en sus entidades, el Presidente diagnosticó que lo ocurrido allí "es reflejo de un país que cambia", y ante ese cambio, "se tienen que hacer ajustes, superar conflictos, encontrar los términos de la justa solución de los problemas políticos". De ese modo, dijo, "se fortalece a México".

Más adelante diría, en este mismo sentido, que ya no se puede "actuar políticamente como en décadas anteriores, cuando no había oposiciones de consideración ni elecciones competidas". Ahora, en cambio, es "necesario respetar apertura, compromiso con la tranquilidad e interés por formar nuevos consensos políticos".

Pero su discurso estaba dirigido a tranquilizar, no a preocupar a quienes están en trance semejante o pueden estarlo en el futuro próximo. Quiso entonces serenar sus ánimos, acaso temerosos, diciendo que los casos citados son excepciones, no será la regla. Versiones distintas de la oficial añaden que citó por sus nombres a gobernadores electos y candidatos en campaña, para garantizarles que no serán víctimas de excepciones nuevas. Y dicen que hasta se refirió a la sucesión presidencial de 1994 en el mismo sentido. Pero introdujo tales matices, que la garantía apareció debilitada:

"Siempre habrá necesarios márgenes de flexibilidad: no hay seguros contra el alejamiento del pueblo, el patrimonialismo o la incapacidad...". Y como es él quien califica cuando se presenta uno de esos casos, no dormirán tranquilos aquéllos a los que se buscó tranquilizar. Ni siquiera ante la afirmación de que los ajustes que en tales situaciones se produzcan "no rebasarán los límites ya establecidos". Es decir, no pasará de que sean destituidos de su cargo los que incurran en "alejamiento del pueblo, patrimonialismo o incapacidad", pero nada más.

Formuló el Presidente un alegato contra el arcaismo, contra la tentación de querer revivir el pasado. Viejas prácticas, dictaminó, "lastimaron más al país que unirlo". Por eso rechazó aplicar "las antiguas reglas". Para precisar las nuevas, y salir al paso de quienes suponen que los errores políticos son deliberados, para afectar adversamente al PRI, el Presidente sintetizó su visión del nuevo sistema político, "fortalecido democráticamente", en la siguiente fórmula: "un partido reformado en un esquema de libre competencia electoral". La fórmula fue explicada y aderezada: ¿no puede haber regreso al partido prácticamente único" y "la reforma del partido tiene como propósito fortalecerlo y no debilitarlo".

Como verdadero jefe del PRI, y ante sus correligionarios, se comprende que el Presidente se refiera así al partido gubernamental. Pero también trazó el cuadro de deberes de la oposición. Los partidos de esa franja, dijo, "tienen un papel político que cumplir; pero ese papel sólo puede estar sujeto a su capacidad electoral y a su institucionalidad, a su respeto por el derecho y por las reglas de la organización política del país". Los instó "a responder, en el marco de la ley, al ánimo democrático que ya se ha manifestado" y a que cumplan (satisfagan, dijo) los compromisos que suscriban.

En suma, el Presidente entiende la modernidad como competencia electoral y, antes de llegar a ella, ajustes donde sea necesario. A ver si es cierto.